

D.J.F.
4 NOV. 1979
OBISPOS DE TALCA.

UNIDAD DE LA IGLESIA CATOLICA Y CONFLICTOS ACTUALES

Carta Pastoral que los Obispos de Talca dirigen a los católicos de las Provincias de Talca y Curicó.

Talca, 4 de Noviembre de 1979.-

I N D I C E
=====

	Pág.
INTRODUCCION	1.
A. LOS FUNDAMENTOS DE LA UNIDAD	4
1. Tres pilares básicos de la unidad católica	4
- Seguir a Jesús	5
- Crecer en-la comunidad de la Iglesia	6
- Estar en comunión con el Obispo	8
2. La difícil unidad se construye en la verdad y en el amor	13
B. LOS CONFLICTOS ACTUALES DE LA UNIDAD	18
a) A quienes temen que la Iglesia sea un poder político o una alternativa de poder	20
b) A quienes niegan competencia a la Iglesia en el campo temporal, en lo contingente y en lo social	22
- El sentido de la autonomía de lo temporal	22
- La Iglesia y el sentido de lo contingente	23
- La fe y su dimensión social	24
c) ¿Qué sucede con doctrinas incompatibles con la doctrina de la Iglesia y con quienes sostienen estas doctrinas?	25
C. EL EJEMPLO DE JUAN PABLO II EN LA O.E.A.	28
D. LOS DISCIPULOS NO SERAN MEJOR TRATADOS QUE EL MAESTRO	31.

* * *

UNIDAD DE LA IGLESIA Y CONFLICTOS ACTUALES

=====

Talca, 4 de Noviembre de 1979.

Queridos católicos:

Una de las tareas más importantes y hermosas de los Obispos es la de ser "maestros de verdad", como lo recordaba el Papa Juan Pablo II a los Obispos chilenos el 13 de Octubre de este año.

En esa misma ocasión, entre otras cosas, nos pidió trabajar en el crecimiento de la unidad de la Iglesia.

La unidad de los discípulos de Jesús fué el objeto de la última oración del Señor, como lo muestra San Juan en su Evangelio. La unidad, que brota del amor y de la verdad, es un programa y una responsabilidad de todo aquél que tiene el privilegio de ser discípulo de quien vino a terminar con toda barrera humana y se hizo nuestro hermano.

Para quienes no tienen fe, el problema de la unidad o de la convivencia se resuelve a base de concesiones, acuerdos, pactos, se soluciona con diplomacia con leyes psicológicas y con estrategias.

Los caminos de la unidad y de la convivencia, para un católico, se juegan a un nivel más profundo, que se identifica con su propio ser. Y quien no vaya progresando en estos caminos fomenta la división y pierde su propia condición.

Trabajar por la unidad, por otra parte, supone que existen conflictos. De hecho existen conflictos y tensiones entre nosotros y creemos que debemos mirarlos en la verdad y así descubrir cuál es el camino dejado por Jesús para superarlos.

Por todo esto nuestra carta pastoral aborda es tos dos temas: la unidad de la Iglesia y los conflictos actuales entre nosotros.

Un primer capítulo tratará sobre los fundamentos de la unidad de la Iglesia, y que son características indispensables de todo católico verdadero: seguir a Jesús, crecer en la Iglesia y estar unido a su Obispo. Son elementos que nos ayu dan a reflexionar y que nos invitan a una vida más profundamente cristiana.

Un segundo capítulo tratará de visualizar los conflictos existentes entre nosotros, y que en parte derivan de las divergencias que circulan sobre la competencia de la Iglesia en materias sociales, contingentes y temporales. Veremos qué pen sar del temor de algunos al mirar la Iglesia como alternativa de poder político. Buscamos clarificar los conceptos, sabiendo que no sólo es un problema de características de orden intelectual sino que, como es propio en el hombre, mezcla con toda una realidad de proyecciones personales, prejuicios, antipatía, simpatías, y tantos otros elementos que corresponden más a acciones concretas que a definiciones abstractas. De ahí que, además de las cla rificaciones doctrinales, la solución sólo puede venir de una ac titud de fe, de oración, humildad y buena voluntad.

Un tercer capítulo presentará la figura de Juan Pablo II como pastor, ejerciendo su magisterio sobre temas tan difíciles y conflictivos como los que trató en su extraordinario discurso en la Organización de Estados Americanos (O.E.A.).

Finalizamos esta carta con una conclusión sobre un aspecto misterioso, aunque siempre verdadero, sobre la na turaleza de nuestra Iglesia: Ella siempre será, como Jesús, sig no de contradicción. Es que la Iglesia "no puede ser, como el discípulo, más que su Maestro", y si el "leño verde" fué crucifi cado, no puede dejar de existir una dimensión de cruz en el leño seco. De ahí que el escándalo de toda división ha de ser vivido

en un profundo amor a la Iglesia, aceptando la cruz de ella, y haciendo, como Cristo, de nuestro sufrimiento y de nuestro trabajo, un elemento de redención.

Esta carta la hemos escrito con oración, con cariño y buena voluntad, recordando que en nuestra consagración episcopal juramos decir la verdad y no callar, impulsados por el temor o el halago. Hemos consultado a diversas personas. Queremos que en estas líneas descubran nuestro deseo profundo de cumplir con nuestra misión de colaborar a la gran causa de la unidad de la Iglesia y, por consecuencia, acercarnos así más a la unidad de todos los habitantes de nuestra Patria.

A. LOS FUNDAMENTOS DE LA UNIDAD.

Siempre todos queremos la unidad, porque responde a uno de los anhelos más profundos de la humanidad. Buscamos la unidad familiar y la unidad del país. Queremos que todos los hombres y mujeres de la tierra vivan la fraternidad universal. Pasa algo parecido en nuestro corazón y cada persona desea vivir unificada en su interior.

En el campo de la Iglesia Católica sucede lo mismo. Por eso Ella siempre ha insistido, y seguirá insistiendo, que una de sus características más importantes está en la undad.

La Iglesia siempre tendrá presente la oración final de Jesucristo, capítulo 17 de San Juan, en donde el Señor pidió tanto al Padre celestial que "permaneciéramos en la unidad" y "todos fuéramos uno".

Es importante descubrir en dónde está la unidad y cómo encontrar caminos para crecer en esta unidad tan deseada, y a veces tan distorsionada.

Por esta razón, para crecer en la unidad, precisamos algunos fundamentos, sin los cuales no habrá unidad verdadera.

1. TRES PILARES BASICOS DE LA UNIDAD CATOLICA.

Para que haya unidad es necesario saber lo que se quiere y lo que se es. Para que haya unidad católica se necesita profundizar lo que significa ser un católico verdadero.

Ser católico significa esencialmente vivir y crecer en tres grandes actitudes: seguir a Jesucristo, crecer en la comunidad de la Iglesia y estar en comunión con

el Obispo.

a) Seguir a Jesús.

Ser cristiano es haber descubierto a Jesús para seguirlo en su camino hasta las últimas consecuencias.

Como el apóstol San Juan deberíamos decir que "hemos visto y palpado al Señor".

Ser cristiano significa haber encontrado a ALGUIEN, con mayúscula, que puede iluminar nuestras vidas y a quien se le sigue hasta el final. Es más que haber descubierto una doctrina o un conjunto de verdades coherentes. Es haber encontrado a alguien que hoy está vivo y que es el eje y centro de la existencia.

Ser cristiano es aceptar los criterios de Jesús, su mentalidad y su Evangelio. Significa aceptar el Evangelio sin componendas y sin hacer una caricatura de Jesús con nuestras inconsecuencias.

Juan Pablo II ha dicho que Jesús es "el Inspirador y el centro de la unidad". Nos ha pedido "abrir las puertas" del corazón y del mundo, al influjo de su persona y de su luz.

Ser cristiano es aceptar al Hijo de Dios Encarnado y prolongado en los hombres, en los pobres, los enfermos, los marginados. Es reconocer que el juicio final será en base al amor y a esos rostros de Cristo prolongados en tantos hermanos nuestros. Ser cristianos es aceptar la totalidad de Jesucristo en nuestra vida, sin mutilarlo o parcializarlo. Sin acomodarle a nuestro temperamento, educación, proyectos o conveniencias. Es tener un corazón de discípulo, que

se deja enseñar, que está dispuesto a cambiar, abierto al crecimiento que El va pidiendo a través de la vida. Todo esto vivido alegremente por "saber en quién se ha confiado y que no nos dejará defraudados", como decía San Pablo.

De otro modo habrá parodias y engaños, ilusiones o quimeras, ya que ser cristiano es seguir a Jesús en todas sus dimensiones, con honradez, con lealtad y sin desvirtuar su mensaje.

b) Crecer en la comunidad de la Iglesia.

Jesús dejó la comunidad de la Iglesia, que guarda su Espíritu y la misión de hacer realidad el Reino de Dios que El vino a inaugurar.

La única posibilidad de seguir a Jesús, es integrarse a la comunidad de la Iglesia. El católico lo hace a través del Bautismo, y lo sigue afianzando y robusteciendo con los sacramentos. Entra así en la Iglesia Católica, fermento del Reino de Dios y comunidad visible de los seguidores de Jesús. Pasa a ser levadura en la masa, testigo de Jesús, constructor del Reino de Dios. Este católico, amasado en la verdad, la libertad y el amor, empieza a crecer en Cristo y a ser servidor del Reino de los cielos. Se va transformando en hombre nuevo, hecho a semejanza de Dios.

En el Bautismo, el católico entra a formar parte de un cuerpo, el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia Católica. Como miembro de El, sólo tiene vida si está unido a la totalidad, recibe de Ella la vida y cumple con la función que le corresponde.

El cristiano no es una isla, ni la Iglesia un archi-

piélago. El cristiano es un miembro, y de un cuerpo vivo, por la vida del Espíritu que Cristo nos comunicó.

Esta vida está presente en sacerdotes, religiosas, diáconos, ministros y tantas personas de buena voluntad que escriben un capítulo muy hermoso de la Iglesia actual en el servicio a sus hermanos.

La vida interna de la Iglesia es la vida en el amor y la fraternidad. La relación que nos une viene de la corriente de esta savia, no de lazos externos o artificiales sino del espíritu de Cristo, presente entre nosotros. Cuando falla la unidad está fallando nuestra adhesión a este Espíritu. Y si nos sentimos extraños o incomprendidos o rechazados, lo normal y adulto debería ser preguntarnos con sinceridad si nuestro espíritu sigue siendo el de Cristo, o si se ha perdido la unión con El.

La raíz profunda de toda división en la Iglesia está en el pecado, que aparta y opone. Por lo tanto el crecer en la unidad siempre está en una purificación personal y honesta, sobre lo que nos habita interiormente. Será arrojar de nosotros lo que no es de Jesucristo: rebeldía, desconfianza, soberbia, suficiencia, rencor...

La unidad en la Iglesia no se obtiene con declaraciones o con silenciamientos. Tampoco es la victoria de un grupo sobre otro grupo. La unidad viene de la fidelidad al Espíritu, y por lo mismo al amor. Este amor surge de Dios y suscita en la comunidad una gran variedad de dones y carisma. La diversidad es un bien para la Iglesia. Por eso, la unidad de la Iglesia es una unidad de comunión, en la que las personas y las comunidades se ligan por el amor de herma-

nos y reflejan, bajo distintos aspectos, la inmensa riqueza del Evangelio. El alma de la Iglesia, en la teología más tradicional, es el Espíritu Santo.

Por eso, en la Iglesia, lo que cuenta, es quién tiene el Espíritu de Jesús. Las herejías en la Iglesia, más que un pecado contra la verdad, siempre fueron un pecado contra la unidad y la comunión. Es que puedo pensar distinto y permanecer unido. Y no tanto unido por manifestaciones externas, sino en el Espíritu de Jesús, hecho de humildad, de esperanza y de renuncia. Buscamos demasiado tener razón, en la Iglesia, y no buscamos tanto el tener amor. Por eso disminuimos como cristianos, rebajamos el nivel de nuestra Iglesia y, con el pecado, envenenamos nuestra convivencia.

"Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por Madre". Este pensamiento de un padre de la Iglesia es un llamado constante a la sinceridad de nuestra fe y a la razón de ser de nuestra vivencia católica.

c) Estar en comunión con el Obispo.

La Iglesia que Jesús dejó, no fué una masa desorganizada o un grupo de buenos amigos. El Señor se preocupó de dejar una autoridad colegiada, los 12 apóstoles, a cargo de Pedro, quien tiene la misión de ser el jefe supremo. Entregó así las llaves del Reino de los cielos, y a sus discípulos les dijo que "quien a ellos recibía, a El mismo lo recibía, y quien a ellos despreciaba, al mismo Cristo despreciaba".

Por eso el católico, para serlo verdaderamente, necesita estar unido, por la fe y de corazón a sus Obispos, ya que ellos son los sucesores de los Apóstoles.

Los Obispos cumplen la misión de ser "presencia concreta visible de Jesucristo", centro de unión de un católico con Jesús y con la Iglesia, maestros de verdad, dispensadores de la gracia del Señor, pastores de la gran familia de los bautizados. Los Obispos lo hacen con los sacerdotes de su presbiterio, con quienes participan del mismo sacerdocio de Cristo, siendo constituidos los sacerdotes en los cooperadores del orden episcopal (Cfr. Chr. Dnus. 28).

El Obispo, en comunión con el Santo Padre y apoyado por el presbiterio, es el único que nos garantiza estar en la Iglesia verdadera y unidos a Jesús. Sin la adhesión de corazón al Obispo propio, estamos al margen de la Iglesia y de la fe verdadera del Señor, por muy buena voluntad que tengamos, o por muchas razones que podamos presentar.

Sea quien sea, con su temperamento, su formación o cultura, sus defectos o virtudes, estemos con él de acuerdo o en desacuerdo, el Obispo es el Obispo, y ha sido colocado por Dios "para regir la Iglesia, junto con sus hermanos Obispos, con sus cooperadores - los sacerdotes y diáconos - y en comunión con el Santo Padre.

Esto no es fácil, pero ningún católico puede afirmar que no sea necesario. Todos están llamados a preguntarse sobre la calidad o la madurez de su fe, justamente cuando se producen problemas con la conducción de la Iglesia por parte del Obispo. Perder el respeto a su Obispo o al Episcopado de un país, sólo señala la enfermedad que sufre un cristiano en su fe. Cuando hay situaciones que hacen peligrar esta adhesión es cuando es más fuerte el llamado a la unidad, hecha en la fe, y muchas veces en la abnegación y en la cruz.

El Obispo debe cumplir su misión: comunicar a los cristianos lo que, en conciencia, piensa que Dios les dice en situaciones concretas, a veces mal llamadas "contingentes". Es su deber conducir a la comunidad cristiana en situaciones difíciles que están relacionadas con la vida. Su palabra es de pastor, es decir del Cristo concreto que nos hace presente a Jesús y que gobierna su Iglesia.

No podemos echarnos tierra a los ojos. La palabra de los Obispos, especialmente cuando se trata de materias temporales que miran al orden social, político o económico, no siempre es unánime ni siempre está de acuerdo o con nuestras opiniones o con las de otras personas que nos merecen fe. Entonces surgen algunas preguntas:

¿Quién es mi Obispo, y con quién debo estar en comunión?

¿Pueden equivocarse los Obispos?

¿Puede disentir un católico de las enseñanzas de los Obispos?

En las decisiones y afirmaciones de los Obispos hay siempre elementos de información que pueden fallar y pueden haber también deficiencias personales. Por eso, salvo el caso de definiciones infalibles de la Iglesia entera, los cristianos tienen el derecho, de disentir. Si esto sucede, los cristianos deben comunicarse con los Obispos. Ojalá que lo hagan con espíritu cristiano, es decir con discreción, respeto y tratando de evitar controversias públicas, en la medida de lo posible.

El cristiano escucha como adulto. Esto significa que cuando acata, guarda su libertad, y que cuando disiente, es porque con sinceridad y objetividad cree tener razones verdaderas para hacerlo.

Esto nos lleva a una reflexión fundamental: muchas veces la oposición a las palabras de los Obispos viene por una concepción falsa del cristianismo. Hay personas que sólo aceptan el punto de vista de la Iglesia cuando coincide con el de ellos. Algunos buscan en la Iglesia argumentos para defender su posición personal y rechazan todo lo que cuestiona sus opiniones o intereses. Es la tentación de utilizar la fe y la Iglesia, poniéndola al servicio de ellos mismos. Es la tentación de constituirse cada uno en maestro de verdad y creerse intérprete auténtico del Evangelio, según sus conveniencias.

Entonces se aplica lo sucedido a las palabras de Jesús. Su palabra dividió, y hoy día su palabra divide: ella ayuda, orienta y enseña a los que se abren al Evangelio; ella desconcierta, escandaliza y provoca la molestia e indignación en los que rechazan de corazón el Evangelio y buscan la religión como un bien propio o un instrumento útil, pero no un servicio a Dios y un ideal de vida.

Les pedimos escuchar las palabras de los Obispos con un corazón de discípulo; con un corazón abierto para dejarse cuestionar, disponibles a descubrir lo que Dios les pide en concreto a cada uno, en obediencia a quienes Dios puso para regir la Iglesia de Dios, y confiando que en la línea del documento que entregamos, queremos colaborar a la verdadera reconciliación de los chilenos, única meta que nos impulsa a hablar y nos obligará a seguir hablando, en el cumplimiento de nuestro oficio de Obispos.

Los Obispos de Chile sabemos "que no somos un parlamento de políticos ni un congreso de científicos" y todos también queremos ser "constructores de la unidad y defensores y promotores de la dignidad humana".

Adherimos de corazón a esas palabras dichas por el Santo Padre y esperamos que las palabras del Papa sean proclamadas en su totalidad y no mañosamente truncadas, como ha sucedido en algunos medios de comunicación.

Estamos en comunión profunda con el Santo Padre y así lo hemos expresado ahora y siempre.

En cuanto a la comunión con el Obispo diocesano ustedes, cristianos de Talca y de Curicó, para ser católicos necesitan estar en comunión con los dos Obispos firmantes de esta carta, quienes somos el signo visible de unidad de los católicos de esta diócesis. Esa unidad debemos construirla juntos, con amor y con lealtad.

En comunión con los Obispos de Chile, estamos en comunión con el Santo Padre, y es nuestra misión ser un lazo de unión con el sucesor de Pedro y entre todos ustedes.

Esta trilogía, Jesucristo, Comunidad y Obispo, constituyen fundamentos básicos de la unidad. Son tres realidades hermosas y complementarias que nunca se entenderán separadas. Forman una sola unidad, y así se construye la Iglesia.

Siempre todos tendremos que redescubrir y vitalizar nuestra vida en torno a estas tres grandes verdades; habrá que vivirlas con amor, con alegría y con esperanza.

Se requiere un estilo o una manera de vivir esta hermosa realidad, lo cual será el segundo aspecto de los fundamentos de la unidad.

La unidad es el resultado de seguir seriamente a Jesús. La unidad se produce al estar en comunión con la persona del Obispo, sacramento de unidad, y la unidad se vive en esta gran comunidad que es la Iglesia Católica.

2. LA DIFÍCIL UNIDAD SE CONSTRUYE EN LA VERDAD Y EN EL AMOR.

"La unidad de la Iglesia no nace de formas externas sino de una fuerza interior que arraiga en la verdad y en el bien. No se obtiene sin una lucha interior, no se consigue sin negación de sí mismo, no se alcanza sin cuestionarse diariamente y aprendiendo a aceptar a los demás" (Juan Pablo II a los Obispos de Chile).

Siempre habrá diversidad de pareceres: basta leer las dificultades de San Pablo con los apóstoles en la primitiva Iglesia, para entender que la divergencia está incluida en la vida de los cristianos.

La Iglesia chilena no ha sido una excepción a esta norma general, y, podrá ayudar a entender este juicio el estudiar las diversas corrientes que había en 1925 al separarse la Iglesia del Estado; sería estar con los ojos vendados para no ver las diversidades en nuestro tiempo.

Por todo eso Juan Pablo II afirma que la unidad se obtiene "aprendiendo a aceptar a los demás", y que "no se consigue sin la negociación de sí mismo". Nos recuerda que "es el resultado de una lucha interior".

Todo este trabajo es con sufrimientos e incluso, a veces, aceptando nuestras divisiones y nuestras faltas de amor.

- Jesucristo, el Verdadero, nos muestra caminos de verdad y de unión.

Para llegar a la unidad se requiere que seamos verdaderos; pero ¡qué largo es el camino por recorrer para llegar a esa madurez interior que nos hace vivir en la verdad!

Jesucristo es "El Verdadero" por definición, y sólo El puede darnos la madurez necesaria para llegar a esa verdad liberadora.

La unidad no se logra con propósitos voluntaristas y por eso Juan Pablo II recuerda que "la unidad de la Iglesia no nace de formas externas sino de una fuerza interior que se arraiga en la verdad y en el bien".

Todos tenemos el peligro de vivir en verdades a medias, a veces desdobladas y casi falsificadas. Todos padecemos la tentación de vivir con disfraces ocultando, a veces sin querer, nuestra propia verdad.

Jesucristo viene a quitar máscaras y disfraces, y "su juicio ya ha comenzado", como dice San Juan. El puede ayudarnos a encontrar esa verdad liberadora, esa verdad que trae esperanza y alegría.

Habrán problemas al afrontar la verdad; pero eso es más auténtico y más real. Lo contrario hace mal porque no es real y sólo sirve para arrancarnos o evadirnos de los peligros.

- La unidad se hace con amor.

Pero la verdad debe ser vivida en el amor. La verdad no es una realidad fría o desnuda. La verdad no es algo seco o adormecido. La verdad que nos hace libres, la verdad que quiere Jesús, es la verdad que tiene calor humano, que tiene ternura y que es bella y armoniosa.

No basta tener la razón y no basta saber. Es fundamental todo eso; pero se requiere amar. Por algo San Juan nos recuerda que es cristiano "aquel que conoció y creyó en el amor", y San Pablo nos enseña que "la verdad se hace en el amor".

Es necesario, por eso, tratar un problema muy actual, que explica en buena parte por qué vivimos agresivos y somos tantas veces tan poco tolerantes y respetuosos:

- El esquema "amigo-enemigo".

Las tensiones se han agudizado más aún entre nosotros, porque un esquema de sociedad dividida entre amigos y enemigos ha ido adquiriendo una importancia preponderante.

Con frecuencia el hombre organiza su vida personal y la estructura social en que se desenvuelve, basado en el esquema "amigo-enemigo". Busca seguridad en la alianza con los amigos, para defenderse de los enemigos. Organiza, de esta manera, una convivencia basada en el temor y la guerra.

Pero la liberación de Jesús nos saca de este esquema, para llevarnos al amor.

"Oísteis que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Yo sin embargo, os digo: amad a vuestros enemigos" (Mt. 5,43-44).

Otra expresión de lo mismo, es el llamado a perdonar a los enemigos; y el modelo de la caridad es el samaritano que atendió y curó las heridas de su enemigo.

Jesús rompe la estructura "amigo-enemigo", y nos compromete a un cambio muy serio en todos los esquemas de tipo político, económico, cultural y religioso.

- El esquema cristiano "hermano-hermano".

La distinción "amigo-enemigo", Jesús la transforma en la relación "hermano-hermano". Por eso es que a Dios nos dirigimos llamándole: "Padre nuestro...".

Jesús fué consecuente con el principio de amor al enemigo; lo aplicó durante su vida. Lo que hizo fué buscar los miembros perdidos y despreciados del pueblo de Israel: prostitutas, publicanos, samaritanos, campesinos, pastores nómades... Así destruyó las barreras de segregación y los restituyó a su pueblo, escandalizando a muchos, que vieron en El un peligro de disolución social.

Jesús propone una liberación que permite descubrirse a sí mismo, precisamente en la aceptación del otro. Su programa consiste en renunciar a defenderse contra el prójimo y a aceptarlo, con todos sus riesgos. Así aceptó a Judas, así comprendió la debilidad de sus propios discípulos y el no ser reconocidos por los enfermos mejorados en sus milagros de amor.

Esta actitud es la puerta de entrada a la "Civilización del Amor" y a la fraternidad, en medio de los conflictos normales.

Por el contrario, mientras sigamos clasificando y calificando la vida y las personas con criterios absolutos de blanco y negro, amigo o enemigo, no podremos iniciar el camino de la fraternidad y de la verdad.

La unidad se construye con amor, en verdad. La unidad se construye con humildad, en un estilo cristiano que trae paz y esperanza.

No somos perros que se ladran, no somos enemigos que se asechan en la oscuridad, no somos adversarios en una ley de la selva en que el grande se traga al pequeño. Somos hijos de Dios, hermanados por Jesús, en esa gran familia que es la Iglesia, en esa inmensa fraternidad que es la humanidad.

En ese clima se trabaja por la unidad y se hace posible la reconciliación y la paz verdadera.

B. LOS CONFLICTOS ACTUALES DE LA UNIDAD.

Nadie podrá negar que existen tensiones entre la Iglesia y el Gobierno. Es indudable que hay diversidad de pareceres sobre las actuaciones del Episcopado ante la gestión que gobierna nuestro país.

Por más que haya declaraciones sobre excelentes o normales relaciones entre la Iglesia y el Estado, las tensiones son permanentes y sucesivas. Surgen por los detenidos desaparecidos, el plan laboral, la pastoral campesina, el problema de las Universidades Católicas...

Importante será encontrar y vivir un estilo de amor, traducido en respeto mutuo, en diálogo y en humildad. Siempre habrá diversidad de perspectivas para mirar un mismo problema concreto, y ninguno debería pensar que tiene la verdad absoluta.

Es evidente que la visión de quien tiene un trabajo seguro y bien remunerado, será diferente a la de una cesante o un trabajador mal pagado. Es obvio que el plan laboral y la política económica es analizada de diferentes ángulos por quienes han pensado este plan y esta política, que por aquellos que deberán vivir sus aplicaciones o consecuencias, que repercuten directamente en sus vidas, en sus trabajos y salarios.

El problema va más allá: Chile ha vivido, y continúa viviendo transformaciones radicales en un tiempo muy reducido. Hemos pasado de un régimen democrático a un régimen autoritario, con todo lo que eso significa. Ni los cambios se asimilan con rapidez, ni muchos están de acuerdo con ellos.

Aceptando esta realidad de conflicto y buscando un estilo cristiano de amor y de verdad, aparece necesario ahondar en los puntos de divergencia y proponer los criterios de la Iglesia en estas delicadas materias.

Para ser consecuentes con este deseo de verdad, será necesario analizar las raíces de la diversidad de pareceres de los católicos frente al problema social, a la economía y, en general, frente a la gestión que nos gobierna desde Septiembre de 1973.

Estamos conscientes que, para la gran mayoría de nuestra Iglesia chilena, estos problemas no se plantean con la dimensión que diversos medios de comunicación destacan. Sin embargo, reconocemos también que hay católicos que expresan su inquietud y rechazo a la orientación pastoral de los Obispos hoy día, en lo que toca a las dimensiones morales y humanas de muchas medidas de Gobierno. También es bueno constatar que muchos críticos en asuntos de Iglesia, o no participan de nuestra fe católica, o la que tienen es muy incipiente como para tratar estos temas con competencia.

Los conflictos actuales que afectan a estos católicos y repercuten en la unidad general de la Iglesia y del país, están centrados principalmente en dos aspectos: en primer lugar en el temor a una Iglesia transformada en una alternativa de poder político. El segundo aspecto se refiere al derecho de la Iglesia a orientar en el campo de los problemas temporales, en lo contingente y en lo social.

Estos dos aspectos están matizados con problemas ideológicos y emocionales. Hay elementos doctrinales o filosóficos; pero también se perciben características psicológicas. No es fácil clarificar si la división y las discusiones nacen de una doctrina, o si las doctrinas se construyen para justificar posiciones. Esa será siempre la historia humana y no somos una excepción a esta ley general, que mezcla la razón, las conveniencias y los sentimientos.

Solicitamos un esfuerzo muy sincero para reflexionar lealmente, sin prejuicios, en estos delicados problemas.

- a) A quienes temen que la Iglesia sea un poder político o una alternativa de poder.

Según algunos, la Iglesia aparece como un poder paralelo al Gobierno: Interesa entonces utilizarla para hacer oposición o para apoyar a los gobernantes. Por lo demás, éste ha sido un problema de siempre.

Es grande el número de chilenos que piensan en la Iglesia como alternativa de poder frente al régimen, y ven en los Obispos a posibles adversarios o aliados para sus posiciones o ideologías. Es fácil también que quienes están en el poder, en la época que sea, vean a la Iglesia como un poder crítico que pretenda amenazar posiciones adquiridas o como un apoyo con el cual conviene estar en buenas relaciones.

La verdad, queridos católicos, es que la Iglesia no es ni debe ser ninguna alternativa de poder político. La Iglesia no es un poder en el sentido partidista o ideológico.

La Iglesia, al igual que Jesús, debe ser una fuerza viva que presenta un mensaje que se llama el Evangelio, y entrega los criterios de Jesucristo, lo cual significa una realidad muy diferente a un poder político.

Nuestra tarea, sobre todo en un país católico, como Chile, deberá ser la conciencia que ilumina y orienta a quienes profesen nuestra fe. La Iglesia deberá ser una servidora del Evangelio para todos, gobernantes y gobernados.

La perspectiva más profunda de la Iglesia será tanto la Palabra de Dios, que debe hacerse vida, como los hombres, que siguen existiendo bajo regímenes políticos diferentes.

Esto no es pensar en un "espiritualismo" abstracto o desencarnado. Es tomar conciencia de que somos testigos, servidores del Evangelio, y no un "parlamento de políticos", como dijo Juan Pablo II en Méjico, y ahora a los Obispos de Chile.

En la medida que seamos más una Iglesia de testimonio, de servicio, con una independencia digna, podremos hacer mayor bien a nuestra Patria.

No se trata de callar, en lo que es de nuestra competencia, sino aceptar que nuestro fin no es el poder político; y que permanece el llamado constante a ser cristiano en cualquier régimen político, social o económico.

Habrán regímenes más o menos favorables o adversos al cristianismo. Se conocerán por sus frutos, como dijo Jesucristo, pero será misión para toda la Iglesia, en especial los laicos, luchar por los cambios necesarios.

El poder, entendido como servicio, es una responsabilidad y un don de Dios y quienes lo ejercen con ese espíritu merecen respeto y colaboración.

Todo gobernante, católico o no católico, en razón de su cargo, tendrá en perspectiva el problema del poder, de la seguridad y del éxito. Los Obispos tenemos otras perspectivas, nacidas de nuestra misión, y esta diversidad de ángulos traerá posiblemente incomprendiones o mutuos malos entendidos que, en el fondo, expresan la cruz que lleva el que ejerce el ministerio episcopal o quien detenta alguna autoridad.

Los Obispos somos conciencia y voz; pero no somos alternativa de poder político.

- b) A quienes niegan competencia a la Iglesia en el campo temporal, en lo contingente y en lo social.

- El sentido de la autonomía de lo temporal.

La Iglesia y la sociedad han entrado, desde hace tiempo, en un nuevo tipo de relaciones. Hay una diferencia y una división, cada vez más grande, entre la sociedad eclesial y un tipo de sociedad profana. Las actividades humanas, o muchas de ellas, se han independizado de la influencia de la Iglesia. Desde hace tiempo la Iglesia y la sociedad se han separado en sus ideas, costumbres e influencias. Un gran sector de la humanidad no sólo organiza su vida al margen de la influencia de la Iglesia, sino también sin referencia ni a la fe cristiana ni a Dios. Es el proceso llamado de secularización. La ciencia y la técnica se presentan como el único medio de conocer, explicar y manejar la realidad, y lo hacen al margen de Dios. Dios, según esta mentalidad, no es competente ni para explicar ni para organizar al mundo. Dios no sólo es molesto sino que es inútil y está sobrepasado. Este es el secularismo llevado al extremo.

Siendo un error la exageración de esta tendencia, existe algo justo, que el Concilio ha reconocido y aceptado; la autonomía de lo temporal, en su verdadero sentido: "Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y la realidad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía" (Gaudium et Spes, 36).

El problema empieza cuando las ciencias y las técnicas - llámense económicas, psicológicas o sociales - pretenden tener valor infalible, automático, al estilo de las leyes físicas, e independientes de la situación humana. El problema se agudiza cuando toda ciencia o técnica, que

tiene que ver con el hombre, pretende ser aséptica y separada de toda norma moral o religiosa. Co en pretexto de ser marginada de lo moral, una ciencia o una técnica puede convertirse en inmoral e inhumana.

Por eso el Concilio señala: "Si autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usar sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le escape la falsedad envuelta en estas palabras. La creatura, sin el Creador, desaparece" (G.S.36).

Cuando los problemas de orden técnico o científico - como es el caso de la economía, por ejemplo - se quieren solucionar sin referencia a la ética o religión, como problema sólo de cifras, por dejar de relacionarse con Dios, se vuelven contra el hombre. Por eso la Iglesia, aún aceptando la autonomía de lo temporal, no puede dejar de defender al hombre, en cualquier dimensión en que peligre su suerte.

Así la Iglesia no podrá aceptar criterios amorales o asépticos en las leyes económicas, sociales o políticas, por eficaces que sean. Eso sería aceptar la inmoralidad.

- La Iglesia y el sentido de lo contingente.

Igual reflexión será necesario aplicar a la opinión tan difundida que lo "contingente" no puede ser motivo de interés o preocupación por parte de la Iglesia, quien debe preocuparse de lo fundamental que es "salvar almas".

No hay almas flotantes; hay hombres; que son compuestos de alma y cuerpo. La salvación cristiana no consiste en algo que se consigue después de la muerte, sino que empieza en esta vida. No se refiere a un "más allá", sino a algo que esté mucho "más acá" de lo que pensamos.

El problema del salario puede ser contingente, mirado desde una perspectiva descarnada. Sin embargo pasa a ser fundamental cuando hay un hombre concreto, con una familia numerosa, que recibe una cantidad de dinero que no le alcanza para vivir. A la Iglesia no le puede ser indiferente, como no lo fué para Jesucristo. El dejó como criterios de nuestra salvación cosas tan "contingentes" como el alimento, el vestido, la salud, la misericordia. Quien se preocupe que esto "contingente" lo tengan los demás, se salvará; pero quien lo entiende como poco importante y no se preocupa, se condenará. Todo lo que hacemos con el más pequeño de los hombres, con Cristo lo hacemos. No se trata de "cosas contingentes", como no es "contingente" nuestro futuro. El juicio final presentado por San Mateo en el capítulo 25 es demasiado elocuente, y nos muestra cómo Jesús valoró lo "contingente".

Esta valoración de lo contingente lleva necesariamente a una opción preferencial por los pobres, que la Iglesia ha recordado nuevamente en Méjico. Los pobres, los débiles y los postergados, siempre tendrán un lugar de preferencia en la vida de la Iglesia. Así lo pensó, y así lo hizo Jesús.

- La fe y su dimensión social.

El problema de la fe no es un asunto sólo individual con Dios. Ser cristiano es asumir la causa del mundo y de los hombres, y nuestra salvación pasa por nuestra actitud frente a los problemas sociales.

El criterio que hace de lo religioso un asunto individual con Dios, al margen de la vida, es erróneo. "La misión propia que Cristo confió a la Iglesia no es de orden político, económico o social. El fin que le asignó es de orden religioso. Pero precisamente de esta misma misión

religiosa derivan funciones, luces y energías que pueden servir para establecer y consolidar la comunidad humana según la ley divina" (G.S. 42).. porque "el divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los errores de nuestra época"(G.S. 43).

Hay una proyección social de nuestra fe, que no podemos desconocer. La Iglesia, desde León XIII hasta hoy día, ha elaborado principios que derivan del Evangelio y orientan la vida social. Se trata de principios obligatorios y no de consejos piadosos. Debemos hacer de ellos una orientación concreta en nuestra vida diaria.

El prójimo ya no es sólo quien golpea nuestra puerta o trabaja a nuestro lado: son también los grupos humanos, las estructuras sociales, económicas o culturales, que deben ser impregnadas de la doctrina cristiana y reformadas en todo lo que tienen de cruel o inhumano.

La dimensión social tiene una perspectiva necesariamente política, en el recto sentido de la palabra, y la campaña de desprestigio a esta palabra distorsiona el orden de Dios y de la vida.

La política no tiene el monopolio de los males que vivimos. La causa está en el corazón humano que distorsiona la verdad y trastoca los valores. No aceptemos esquemas ciegos. El mal no está en la política, sino en las ambiciones de poder que tientan al corazón humano.

- c) ¿Qué sucede con doctrinas incompatibles con la doctrina de la Iglesia y con quienes sostienen estas doctrinas?

En los principios no transables se juega lo fundamental de nuestra identidad. Por lo tanto, la única actitud posible para un católico es la fidelidad a ellos hasta las últimas consecuencias, si quiere seguir las huellas de Jesús.

Sobre las doctrinas: es igualmente inaceptable para los principios cristianos tanto el marxismo materialista como el capitalismo liberal. Son incompatibles con el cristianismo por lo que tienen de totalitario. Además porque ambas profesan el ateísmo, sea por principio o por consecuencia, al colocar en lugar de Dios al Estado o al dinero. Construyen idolos falsos y destruyen al hombre, poniéndolo al servicio del Estado o del dinero, en una lucha de clases o en una competencia económica despiadada. Como moral establecen el maquiavelismo, donde todo se permita para hacer triunfar o la causa del partido o la ganancia y la ambición sin límites. Son doctrinas anticristianas porque corrompen al hombre en sus valores más nobles.

Un cristiano no puede ser ateo marxista y tampoco puede ser capitalista totalmente puro. Ambas posiciones van igualmente contra Dios y contra el hombre. Ambas posiciones, en la práctica, niegan la existencia de Dios porque actúan como si Dios no existiera.

La Iglesia rechaza estas doctrinas; pero es necesario reconocer que entre estos extremos hay una gama muy variada de posiciones y de matices.. Pueden haber muchas opciones diferentes y darse muchas alternativas, que no es del caso tratar en este documento.

¿Qué pensar y cómo actuar con quienes sostienen estas doctrinas?

Será siempre necesario aplicar los criterios de Jesús y todo su plan superador del concepto "amigo-enemigo".

Habrá que ver siempre en todo ser humano, a un hijo de Dios que no puede ser, por ningún motivo, atropellado o profanado. Para Jesús en cada persona, sea como sea, piensa como lo quiere la Iglesia o esté en desacuerdo con

Ella, siempre habrá un ser humano, con dignidad, que merece respeto. Siempre habrá que recurrir a caminos de diálogo y de comprensión. No será para transar en lo que no se puede; pero si será para vivir en fraternidad.

C. EL EJEMPLO DE JUAN PABLO II EN LA O.E.A.

Ayudará seguramente el ejemplo de Juan Pablo II para entender concretamente la competencia de la Iglesia y el estilo de cómo abordar los conflictos.

El Santo Padre, el gran catequista de la humanidad, en su viaje a Estados Unidos, pronunció un discurso en la Organización de Estados Americanos (O.E.A.), que tiene gran importancia y actualidad para nosotros.

Al referirse a la paz, dijo: "No es acumulando armas como se logra la paz en forma estable. Haced todo lo que esté de vuestra parte para frenar el armamentismo en este continente". "No hay diferencias entre vuestros países, que no puedan superarse pacíficamente".

Habla luego de la dignidad humana y del concepto de Estado: "Si ciertas ideologías y ciertas formas de interpretar la legítima preocupación por la seguridad nacional, dieran como resultado el suyugar al Estado el hombre, sus derechos y dignidad, ellas cesarían, en la misma medida, de ser humanas, y sería imposible compaginarlas con un contenido cristiano sin una decepción. En el pensamiento de la Iglesia es un principio fundamental que la organización social ha de estar al servicio del hombre y no viceversa. Esto es válido también para los más altos niveles de la sociedad, donde se ejerce el poder de conexión y donde los abusos, cuando los hay, son particularmente serios. Además, una seguridad en la que los pueblos ya no se sienten implicados, porque no los protegen en su verdadera humanidad, es solamente una farsa; a medida que se va haciendo cada vez más rígida, mostrará síntomas de creciente debilidad y de una ruina inminente"

Hablando del hombre dijo textualmente: "El hombre es el criterio decisivo que ordena y dirige todos vuestros empeños, el valor vital cuyo servicio exige incesantemente nuevas

iniciativas. Las palabras más llenas de significado para el hombre palabras como justicia, paz, desarrollo, solidaridad, derechos humanos - quedan a veces rebajadas como resultado de una sospecha sistemática o de una censura ideológica facciosa y sectaria".

¿Por qué Juan Pablo II ha intervenido en problemas tales como la dignidad humana, el bien común y la paz?

Son principios que la Iglesia no puede transar, por fidelidad al Evangelio. Jesús jamás bendecirá una guerra, jamás bendecirá el atropello de un hijo de Dios y jamás bendecirá una sociedad con valores trastocados. El respeto de Jesús por cada persona es extraordinario y, para El, no hay ciudadanos de diversa categoría. Es "el Príncipe de la paz". "El es nuestra paz", escribió San Pablo.

Quien se declara católico no puede desentenderse de estos principios. Cuando realmente iluminen nuestra sociedad, todo será diferente.

Este es el gran anuncio que Jesús trae a todos los hombres. La "Buena Nueva" consiste en descubrir a Jesús como realmente es: "el camino y la verdad" que nos conduce a la unidad, en la paz. Este es el gran llamado de Cristo, al que respondemos con alegría, construyendo juntos, y con esperanza, la unidad, buscando la verdad.

Obviamente el Papa habló en la Organización de Estados Americanos (OEA) para recordar principios, y pensando en nuestra realidad continental, en la cual está Chile.

¿Por qué Juan Pablo II trata estos temas? ¿No sería mejor que se quedara en "lo espiritual", sin entrar en problemas conflictivos?

La respuesta está en que el Santo Padre debe ser

fiel a una misión recibida de Dios y no puede transar o silenciar estos principios fundamentales.

El Papa aplica a la vida los principios de siempre y, para quienes no aceptan la competencia de la Iglesia en estas materias, la posición del Santo Padre los coloca en una alternativa difícil en su fe. Esto no se llama "hacer política", sino es fiel al Evangelio y a Jesús.

D. LOS DISCIPULOS NO SERAN MEJOR TRATADOS QUE EL MAESTRO.

Posiblemente, el drama de muchos católicos con su Iglesia, está en el desacuerdo de lo que es la Iglesia y lo que Ella entiende por su ser más profundo.

Un Obispo católico, hace cerca de dos siglos, dijo: "La Iglesia es Jesucristo extendido y comunicado". En otras palabras: la Iglesia, hoy día, debe ser la prolongación viva, verdadera, de Jesucristo Nuestro Señor.

No olvidemos que Jesucristo murió crucificado e incomprendido por aquellos que El venía a salvar. Se cumplió al pie de la letra las palabras que profetizó Simeón a la Virgen María cuando ella presentó a su Hijo, recién-nacido, en el Templo: "Mira, éste será puesto para que todos en Israel caigan o se levanten; será una bandera discutida, mientras que a tí una espada te traspasará el corazón; así quedará patente lo que todos piensan" (Lc. 2, 34-35).

Jesucristo fué y será una "bandera discutida", será "signo de contradicción" y la Iglesia, si es fiel a su fundador, tendrá que asumir este camino de cruz y recordar que Jesús dijo: "Felices los perseguidos por su fidelidad, porque esos tendrán a Dios por Rey" (Mt. 5,10).

La Virgen María fué la primera en sufrir este dolor y su corazón fué traspasado por la espada del sufrimiento al ver morir a su Hijo Inocente en la cruz.

El camino de la cruz y de la persecución es el camino de los cristianos. La Iglesia también será signo permanente de contradicción y todo católico deberá sufrir por su Iglesia, con amor.

Los tiempos de la cristiandad, que nos han hecho vivir por años en armonía con todos, nos han hecho creer que

la Iglesia, en su estado normal, debe vivir en acuerdo unánime y ser respetada por la autoridad y por todos. La auténtica historia de los apóstoles, y de los que han escrito con la vida las mejores páginas del testimonio cristiano, han sabido siempre que su condición normal es la persecución, y la han vivido con amor. Las persecuciones son como un crisol que aclara lo que las palabras y la doctrina no logran clarificar. Sólo en la persecución se sabrá quién está auténticamente en una fe que constituye el centro de su vida, y no como un agregado a una vida hecha según la propia voluntad. Si somos perseguidos por vivir en la verdad y defender la justicia, es porque nuestra acción produce la ruptura de las seguridades falsas, de los criterios no cristianos. Eso suele ser resistido y, si por eso somos perseguidos, entonces somos bienaventurados.

¿Existe persecución a la Iglesia hoy día? No hay duda de que la Iglesia es perseguida hoy en los países detrás de la cortina de hierro; pero no se puede negar que tal vez es más dolorosa la persecución indirecta o solapada, y peor aún cuando se hace por quienes se declaran creyentes.

Silenciar una pastoral, tergiversar lo que dice, decir verdades a medias, es también una forma de persecución a la Iglesia y a sus pastores.

Impresiona en Chile cómo se ha silenciado el discurso de Juan Pablo II en la O.E.A., y cómo se han resaltado sólo algunos párrafos de su discurso a los Obispos de Chile.

En Chile, en algunos sectores, existe una persecución a la Iglesia. Hay elementos que han atropellado a Obispos en el aeropuerto de Pudahuel, han asaltado oficinas de la Iglesia en la oscuridad de la noche. Hay personas que han calumniado y ofendido a la Iglesia y a sus representantes. Existen personas que usan la intimidación y el miedo para debilitar el valor de algunos cristianos. Se dan casos de sectarismo y de rechazo de personas, porque se reconocen católica.

No es nuestro ánimo nombrar personas o juzgar intenciones; pero es conveniente recordar esta realidad. No olvidemos que ya está en el Evangelio, que hay el testimonio de Jesús, y que la persecución estará siempre cercana a la Iglesia y a los creyentes; pero tengamos confianza, porque Cristo estará con nosotros hasta el final de los tiempos.

La Iglesia deberá tender la mano a los que sufren y eso será repetir la historia del buen samaritano. No podrá "pasar de largo", como lo hicieron los hombres anteriores al buen samaritano, pero eso no agrada a quienes no quieren tener problemas y no aceptan ver el sufrimiento, que suele ser un reproche silencioso a la conciencia.

La Iglesia debe centrar su fuerza en el servicio y no en el poder, en el amor y no en la fuerza. Eso molesta siempre a quienes tienen el poder.

La Iglesia debe unir la fe y la vida, el trabajo con la oración, los sacramentos con el quehacer cotidiano; pero eso no es aceptado por quienes sostienen que la religión debe quedar en las sacristías y que "los negocios son los negocios".

Muchos no podrán nunca entender que la Iglesia se preocupa de los problemas concretos, y no aceptarán que en el juicio final todos seremos juzgados por el amor a los pobres, a los enfermos, a los forasteros, a los encarcelados (Mt. 25, 31,ss).

Unir fe y vida es doloroso, porque es abordar el problema de los cesantes, el problema del trabajo mal remunerado y del salario que no alcanza para vivir. Por eso la Iglesia será siempre incomprendida por quienes no tienen la o no quieren aceptar las consecuencias de esta fe.

Esa es nuestra tarea, la de todos nosotros, quie-

nes queremos ser cristianos.

Esta es la Iglesia de Cristo, la de Paulo VI, la de Manuel Larraín, la de Juan Pablo II. Esta es la "Madre y Maestra", como la llamó el Papa Juan. Esta es la Iglesia que todos debemos construir. Esta es la Iglesia que formamos todos los cristianos. De esta Iglesia somos hijos, y no de otra que quisiéramos. Esta es la Iglesia que va construyendo el Es píritu Santo a través de sus instrumentos, que somos todo el pueblo cristiano. Puede ser un sueño para muchos querer construir una Iglesia así. Será una ilusión para otros. Pero es la Iglesia que todos los cristianos debemos construir.

Hagámoslo con fe, con alegría, con mucha esperanza. No les hagamos el juego a quienes trabajan en la sombra para separar la Iglesia de sus Obispos. Esta es la Iglesia que debemos aprender a amar. Amarla como Ella es, con todas sus limitaciones y sus cosas buenas, amarla con el deseo de ayudar a construirla, con el deseo de hacerla cada vez más fiel a su Señor. Ese es el sentido del amor; la donación, la entrega del corazón. Ojalá que no tengamos con la Iglesia esa actitud mercantilista de darle sólo a cambio de algo; de darle, sólo si recibimos de Ella. El amor es donación, y donación gratuita. El amor no espera recompensa.

Amar a nuestra Iglesia, porque amar a la Iglesia es amar a Cristo.

Tal vez hemos separado lo que no se puede separar, y ahí está nuestro gran error, Cristo y la Iglesia no pueden ser separados.

Por eso el amor a la Iglesia debe ser paciente, debe saber esperar. Debemos tratar de evitar que "el amor se canse".

Hemos tenido errores humanos; pero la Iglesia es divina, a pesar de ellos.

Aquí se nos pide el paso de la fe, caminar juntos con nuestros Obispos, sucesores de los Apóstoles, para construir con amor la Iglesia del Señor.

Amar a la Iglesia es la consecuencia lógica y final de creer en Cristo y de vivir para los demás. Seguramente ustedes se preguntarán por qué no vivimos más a fondo esta unión de Cristo con la Iglesia, y por qué no presentamos más claramente el rostro de Cristo a través de nuestra Iglesia.

La cruda realidad es que somos inconsecuentes, nos falta valor, nos falta visión y tenemos miedo de vivir la verdad completa.

Pidamos la fuerza para jamás separar a Cristo de la Iglesia. El es la roca, el fundamento y el único pilar firme sobre el cual se construye la Iglesia.

Dios quiera que logremos crecer en nuestro compromiso con la Iglesia, para vencer los individualismos y toda la pequeñez que nos aleja de la verdad.

Ojalá que no tengamos la torpeza de caer en la trampa de quienes juegan o utilizan la gran fe de los chilenos y tratan de dividirnos, por maldad o por inconsecuencia.

Pidamos la gracia de María, de construir la Iglesia con más verdad, con mayor amor a la justicia, con una gran autenticidad.

Que la Virgen bendiga a nuestra Iglesia, a nuestra familia, y nos ayude a romper la dureza de nuestros corazones para poder entender lo que Cristo pide hoy día a sus cristianos, a sus pastores, y a toda esa prolongación viviente del

Señor que se llama la Iglesia Católica.

+ CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

+ ALEJANDRO JIMENEZ LA
Obispo Auxiliar de Talca